



**“SINO ENTRE PADRE E HIJO”
APUNTES SOBRE UN ACUERDO IMPOSIBLE**

CLAUDIO KAIRUZ

RESUMEN

La relación entre Sigmund Freud y Carl Gustav Jung estuvo signada desde el principio a sufrir la violencia de la pasión. Oscilante entre el discipulado y la filiación y atravesado por la ternura, la sospecha, la provocación y la seducción, el affaire Freud-Jung sigue presentando el desafío de comprender la amistad entre dos hombres que suscribieron un acuerdo imposible.

Apoyándose en la correspondencia entre Sigmund Freud y Carl Gustav Jung, Sandor Ferenczi y Ernest Jones, este trabajo intenta una anotación de la asociación Freud-Jung a lo largo de su arco.

Palabras Claves: Freud, S. – Jung, C. G. –
Herederos de Freud – Kreuzlingen

“BUT BETWEEN FATHER AND SON”

NOTES ON AN IMPOSSIBLE AGREEMENT

ABSTRACT

The relationship between Sigmund Freud and Carl Gustav Jung was early on destined to suffer the violence of passion. Oscillating between discipleship and filiation and marked by tenderness, suspicion, provocation and seduction, the Freud-Jung affaire continues challenging our understanding of the friendship of two men that subscribed an impossible agreement.

Based on correspondence between Sigmund Freud and Carl Gustav Jung, Sandor Ferenczi and Ernest Jones, this paper endeavors an annotation of the Freud-Jung association throughout its arc.

Keywords: Freud, S. – Jung, C. G. – Freud’s
Heir – Kreuzlingen



La mañana del 25 de febrero de 1907, Freud recibió a dos visitantes suizos del Hospital Mental Burghölzli de Zurich. Uno de ellos era Carl Jung y el otro, Ludwig Binswanger, quien más tarde se convertiría en el director de Hospital Mental Kreuzlingen. Jung había escrito palabras sumamente elogiosas sobre el trabajo de Freud. Durante el encuentro, hablaron durante horas, y Freud quedó fascinado por su entusiasmo y su apariencia.

Freud necesitaba un discípulo apropiado para difundir su mensaje sobre la sexualidad como la fuerza básica de la naturaleza humana, una teoría que había formulado recientemente en *Tres ensayos de teoría sexual*. Tal como lo había hecho Fliess antes de él, Jung buscó el encuentro con Freud, pero esta similitud no inquietó a Freud. Los intereses de Jung eran mucho más similares a los de Freud y estaba dispuesto a abrazar el psicoanálisis públicamente. Parecía casi milagroso que un suizo, un cristiano de cierto rango, un hombre con aparentes poderes de predicción, hubiera hecho su entrada en el momento en que Freud lo necesitaba. El lado místico de Freud acalló al materialista precavido.

No es que faltaran signos de advertencia desde el principio. En su mismísima primera carta a Freud, el 5 de octubre de 1906 Jung afirmaba con franqueza que “la génesis de la histeria me parece ser predominantemente, mas no exclusivamente, sexual” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 42). Freud no contestó esto último directamente sino que indicó que con el tiempo Jung superaría “íntimas resistencias en sí mismo, por amor a la verdad” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 43). Unos meses más tarde reforzó los cuidados cuando le advirtió a Jung: “no se aleje demasiado de mí, si en realidad me está tan próximo, pues de lo contrario experimentaremos cómo nos manejan al uno contra el otro” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 55).



No se pueden encontrar puntos obvios de comparación entre la relación de Freud con Jung y la que aquel tuvo con Fliess. Freud y Fliess eran de la misma época, y la intensidad de los sentimientos de Freud por Fliess se ve reflejada en los encabezamientos de sus cartas: “Queridísimo Wilhelm”, “Mi adorado amigo”, e inclusive “Querido Mago”; volvió a “Querido Wilhelm” sólo después del tempestuoso encuentro de Salzburgo en septiembre de 1896.

Freud tenía veinte años más que Jung y para el año 1906 había adquirido el título honorario de Profesor. Jung siempre se dirigió a él de manera formal como “Querido Profesor”.

No tardó en llegar el momento en que, por supuesto, Freud se sintió impelido a contarle a Jung sobre Fliess. El 17 de febrero de 1908 Freud mencionó a Fliess en una discusión sobre el componente homosexual en la paranoia: “Mi amigo de entonces, Fliess, ha desarrollado una hermosa paranoia, una vez que se desprendió de una no escasa inclinación hacia mí. A él, es decir: a su comportamiento, le tengo que agradecer esta idea” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 153).

En esta carta a Jung, Freud se dirigió a este por primera vez como “Querido Amigo”, con una transición anterior que iba de “Querido Colega” a “Querido Amigo y Colega”. Jung se alarmó. El 20 de febrero de 1908 le respondió a Freud, agradeciendo la confianza que le había dado — es decir, el hecho de que Freud sintiera que podía hacerle confidencias — y continuó:

La mención, ciertamente no casual, de su relación con Fliess me impulsa a rogarle que me conceda su amistad, no como si se tratase de una entre iguales, sino entre padre e hijo. Mantener tal distancia me parece más adecuado y



natural. Tan solo esta forma de amistad me parece proporcionar también un matiz preciso para evitar todos los malentendidos y para posibilitar la coexistencia y el trato fácil y natural entre dos cabezas duras. (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 154)

Jung mostró una aguda percepción de los peligros de una intimidad tan cercana. De hecho, en su carta del 28 de octubre de 1908 a Freud, Jung refiere que “de niño, sucumbí a un atentado homosexual por parte de una persona que era anteriormente muy venerada por mí [...] Temo por tanto su confianza. Temo también la misma reacción en usted, cuando le hablo de mis cosas íntimas” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 128). No obstante, ¿por qué “padre e hijo” y no simplemente “colegas”? Probablemente había comprendido que Freud (por no decir él mismo) necesitaba algún tipo de relación especial que trascendiera el vínculo profesional. Sin embargo, el vínculo filial en el que el hijo permanece en respetuoso sobrecogimiento ante su padre era algo que Jung —joven, explosivo e independiente— era incapaz de mantener.

Aun así, esta fantasía de relación padre-hijo continuó su enredado curso. Freud, al recordar un episodio en el que Jung había predicho que la biblioteca de Freud emitiría un ruido sorpresivo, encontró “notable” que la misma tarde “en la que le (sic) adopté a usted formalmente como mi hijo primogénito, ungiéndole (sic) como mi sucesor y príncipe heredero —*in partibus infidelium*¹—, me despojase al mismo tiempo usted de la dignidad de padre”. El tono es amigable, pero los sentimientos, sombríos: en la misma carta Freud confiesa que unos años atrás había descubierto “en mí mismo la convicción de que habría

¹ “en las tierras de los infieles”



de morir entre los 61 y los 62 años (...) en la actualidad faltan tan solo ocho años” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, pp. 245-246).

En los primeros días de junio de 1909 Freud se enteró por medio de Jung de que este se había involucrado con una de sus pacientes, Sabina Spielrein. Jung le escribió una carta describiendo cómo la joven había “proyectado mi seducción, lo cual consideré como inoportuno” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 255). En un punto, Freud eligió creerle, llegando a contarle de modo solidario que él mismo había estado cerca de experimentar las mismas sensaciones. “Creo que tan solo las penosas necesidades bajo las que se desarrollaba mi trabajo y el decenio de retraso con respecto a usted con que llegué al psicoanálisis me han protegido con respecto a experiencias análogas”. Acto seguido realizó una sorprendente afirmación: “Es el más ‘grandioso’ espectáculo natural el que ofrece la capacidad de estas mujeres para sacar a relucir, como encantos, todas la perfecciones psíquicas imaginables, hasta que han logrado su objetivo” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 257).

Freud estaba dispuesto a aceptar que el pobre Jung a duras penas había podido escapar de los ardides de “la Spielrein”. Pero un mes más tarde Jung se vio forzado a admitir la verdad: “(...) mi modo de actuar fue una canallada inducida por el miedo, y que confieso a usted, como padre mío, de muy mala gana” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 263). Freud respondió permisivamente: “Su carta me habría congraciado incluso con mayores pecados de su parte; quizá sea yo demasiado parcial a su respecto” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 264). Parecería que Freud no podía permitirse reconocer los errores de Jung ni su conducta poco profesional. En su afán por mantener a Jung cerca de él, Freud



consagraba la tradición de la omnisciencia del analista, pero su imagen idealizada de Jung comenzaba a mancharse.

El incidente también sacó a relucir la significativa diferencia de edad entre ellos. ¿Es posible que Freud envidiara a Jung por haber cedido a una tentación a la que él había resistido con sus pacientes? Aun así, si Freud iba a morir en el momento indicado, era imperativo tener un sucesor que proclamar al mundo (por el bien de la causa). Ahora bien, si Freud estaba convencido de que este era el hijo que iba a reemplazarlo y si, además, intuía que Jung estaba deseoso de hacerlo, ¿no estaban ambos destinados a enfrentarse ya desde el momento en que uno designara al otro su sucesor? ¿Cómo podría Jung no exigir cada uno de los derechos de su primogenitura? ¿Cómo podría Freud abstenerse de, al son de sus alabanzas, intentar castrar al joven?

Los dos quedaron atrapados en un abrazo fatal, y Freud estaba constantemente atento a signos de que Jung tuviese un artero plan para suplantarlo. De ahí el famoso episodio del desmayo en el restaurante de Bremen justo antes de que Freud, Jung y Ferenczi zarparan para Norteamérica en 1909. Durante el almuerzo, Jung se había entusiasmado discutiendo sobre el extraordinario fenómeno de los cadáveres preservados en turberas que habían sido descubiertos recientemente en el norte de Alemania. Freud interpretó el interés de Jung en el tema como un deseo de muerte reprimido contra él. Freud estaba tan alterado que se desmayó, y Jung inmediatamente lo alzó y lo llevó cariñosamente a un sofá para que se recuperara.

Durante el viaje por el Atlántico, Jung y Freud analizaron sus sueños mutuamente. Sin embargo, cuando Jung presionó a Freud para que proveyera detalles personales de modo



que facilitara la comprensión de uno de sus sueños, Freud se retrajo alegando que no podía arriesgarse a perder su autoridad.

Freud se sentía más dependiente que nunca de Jung después de que Alfred Adler y sus seguidores renunciaran a la Sociedad de Viena en junio de 1911. Sin embargo, Freud comenzó a detectar lo que parecían ser indicaciones perturbadoras de que su discípulo se estaba distanciando de él. Freud se quejaba de que Jung no podía lidiar con su “complejo de padre”. Le molestaba asimismo que descuidara, porque le aburrían, sus obligaciones administrativas en la Sociedad Internacional. Por otro lado, los viajes de Jung a los Estados Unidos no hacían nada para tranquilizar a Freud. Los intervalos entre las cartas se volvieron más prolongados. El 25 de febrero de 1912 Jung le comentó a Freud: “No creo desde luego equivocarme al creer que usted se halla algo molesto conmigo por mi pereza para escribir. En este sentido me comporto de un modo algo irresponsable, dejando todo puramente de lado por mi trabajo” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 500). Freud le contestó (29 de febrero de 1912) que “nos afectaría sensiblemente que usted retirase también de la Asociación la libido que usted precisa para su trabajo”. De ahí pasó a listar las áreas en las que Jung había mostrado negligencia, concluyendo: “Pero hay que hablar menos del presente que del futuro, para el cual quiero preparar todo y deseo saber que todo está bien seguro en sus manos” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 502). Ya en 1909 Freud había admitido que su sensibilidad a la correspondencia irregular tenía origen en su relación con Fliess (9 de marzo de 1909), a lo que Jung respondió dos días después que “no solamente ahora, sino también para el futuro puede estar completamente tranquilo acerca de que no pasará nada análogo a lo de Fliess (...) Mi



tendencia es (...) hacia la firmeza y lealtad en las relaciones” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 239).

La relación entre Freud y Jung era un matrimonio desigual que no podía funcionar y, en una multiplicidad de maneras indirectas, se aseguraron de probárselo mutuamente. El caso de Schreber probablemente significó para los dos un punto de no retorno en la relación. Jung no podía aceptar las bases sexuales en las cuales, según Freud, se sostenía el psicoanálisis. De manera cada vez más frecuente, Freud había comenzado a escuchar rumores perturbadores sobre las conferencias de Jung en Norteamérica en las que había minimizado la centralidad de la pulsión sexual.

Aunque el desenlace se acercaba con rapidez, era necesario hallar una solución momentánea. Jung era tanto presidente de la Asociación Internacional como editor de *Jarbuch*, la publicación anual del movimiento psicoanalítico. ¿Cómo podía deshacerse Freud de él sin dar lugar a un escándalo público y así arriesgarse a destruir el movimiento? Freud comenzó a comunicar gradualmente su creciente ansiedad a otros colegas —Jones, Abraham y Ferenczi— luego de que Jung cambiara la fecha del Congreso de 1912 de septiembre a agosto a raíz de un viaje que iba a hacer a Norteamérica para dar una serie de conferencias en la Universidad de Fordham. Freud consideró que un congreso ni siquiera era necesario ese año y se irritó en gran manera al ver cómo sus vacaciones de verano se interrumpirían. Al final, los acontecimientos se encargaron de que no hubiese congreso ese año.

Freud se refirió de manera casi optimista a una solución a sus dificultades con Jung durante los primeros meses de 1912. El 23 de enero se describió a sí mismo ante Ferenczi como un “burro sentimental” a pesar de sus canas. No quería desearle ningún



mal a Jung, aseguró; estaba dispuesto a perdonarle sus pecadillos. Escribió que desde el inicio había estado al tanto de la ambición de Jung, pero que había esperado canalizarla haciéndolo presidente de la Asociación:

La perspectiva de tener que hacerlo todo yo solo mientras viva, para luego después no encontrar sucesor de igual fuerza, no es muy alentadora. Así pues, debo confesar que no estoy nada sereno y que esta banalidad me pesa. (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 34)

Más adelante, en la misma carta, le dijo a Ferenczi que debía recurrir a su apoyo y que esperaba que no lo decepcionara. Ferenczi le respondió (27 de enero de 1912) que por supuesto no lo decepcionaría, siempre y cuando las expectativas de Freud no fueran demasiado elevadas. Lo tranquilizó diciéndole que le era totalmente fiel tanto a Freud como al psicoanálisis, pero que iba a ser imposible reemplazar a Freud como un “sucesor de igual fuerza” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 36). Repetidas veces enfatizó que no tenía sentido que Freud estuviera tan obsesionado con la convicción de que necesitaba un sucesor de valía puesto que, en opinión de Ferenczi, el movimiento psicoanalítico había alcanzado una posición lo suficientemente segura como para funcionar sin un líder autocrático.

Freud siguió insistiendo en que esperaba que sus intereses mutuos los mantuvieran a Jung y a él juntos, “aun sin desarrollar relaciones íntimas. Por mi parte no hay rencor” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 41).



Freud no buscaba la confrontación directa, pero un incidente en mayo indicó que, de alguna manera, estaba precipitando una crisis. Viajó al Lago Constanza para ver a Ludwig Binswanger, su colega suizo, quien estaba seriamente enfermo en Kreuzlingen.

Antes de abandonar Viena para ir a Kreuzlingen, Freud le escribió a Jung para informarle sobre sus planes. Aunque no le pidió específicamente que se les sumara, más tarde le reprochó no haberse contactado con él estando Zurich tan cerca (Freud & Jung, 1906-1923/2012). Jung a su vez interpretó el hecho de que Freud no lo contactara a él como un insulto, que luego describió como “el gesto de Kreuzlingen” (o sea, que Freud lo había evitado a propósito). No fue hasta que pasaron unos meses que Jung confesó que había leído mal la marca postal en la carta de Freud. Cualquiera fuese la verdad, ambos parecían tener intenciones de crear una ruptura.

Sin embargo, Freud quedó completamente anonadado cuando recibió la breve carta de Jung del 18 de junio en la que se refería al “gesto de Kreuzlingen”: “Que la política de usted sea la correcta, se pondrá en claro por el éxito o el fracaso de mis próximos trabajos. La distancia que yo siempre he observado me guardará de imitar la deslealtad de Adler.” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 524).

Freud, azorado, el 28 de julio le envió copias a Binswanger y Ferenczi para conocer sus reacciones. En ella Freud preguntaba: “¿Qué quiere decir con el gesto de Kreuzlingen? y ¿en qué consiste la política que será puesta a prueba por el éxito de sus trabajos? Esta carta me parece una negativa rotunda” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 99).

En mayo de 1912, Ernest Jones había llegado a Viena acompañado por su pareja, Loe Kann, a quien Freud había accedido a analizar. Jones estaba disconforme con su puesto en el grupo de psiquiatras de la Universidad de Toronto y daba la impresión de que no



tenía futuro alguno allí a causa del desprestigio que le habían causado los rumores sobre sus escándalos sexuales. Era hora de establecerse en Europa y quizá llenar el espacio que se estaba abriendo a la derecha de Freud. Jones no tardó en aprovechar la oportunidad para socavar a Jung, quejándose de que lo había ofendido que este no hubiese respondido sus cartas y que le sentaba mal que Jung hubiese cambiado la fecha del Congreso para acomodar sus planes en Estados Unidos. Además, mientras que Jung le había expresado a Freud de que la invitación a ese país indicaba un buen prospecto para el psicoanálisis, en una carta del 23 de junio de 1912, Freud le comentó a Ferenczi que Jones le había asegurado que Fordham era “una universidad *católica* pequeña y desconocida, dirigida por Jesuitas, que Jones rechazó” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 87). Jones también le sugería a su maestro que reemplazara a Jung en la dirección del congreso, pero Freud esperaba que fuera el propio Jung quien se lo propusiese.

Mientras Jung se encontraba en Norteamérica, Freud, conmocionado por las revelaciones de Jones, decidió cortar todo tipo de comunicación con Jung; le escribió a Ferenczi: “Usted estará muy satisfecho de la manera en que encajo todo esto. Estoy cómodo, del todo indiferente e intelectualmente por encima de los hechos” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 100). Ferenczi le respondió que la declaración de guerra abierta de Jung lo entristecía pero que no lo sorprendía. Observó que Jung estaba tratando el psicoanálisis como si fuera una cuestión personal entre él y Freud. Agregó que estaba agradecido de haber nacido judío dado que había “vivido una infancia libre de estos sinsentidos atávicos”. Le advirtió a Freud que se cuidara de Jones también. El tono calmo de Freud lo



deleitó, escribió, porque indicaba que finalmente había “desistido definitivamente de crear a la fuerza un sucesor personal” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 101).

En el interín, Jones le había hecho a Freud una propuesta que le ayudó a aceptar la situación con Jung más filosóficamente. El 30 de julio le escribió a Freud, que estaba haciéndose unas curas en Karlsbad, diciéndole que el comportamiento de Jung se había vuelto “un total rompecabezas para mí, completamente inexplicable”. Pocos, continuaba, eran capaces de identificarse con la “causa”. Llegó al extremo de expresar sus dudas sobre Ferenczi y Rank. Así y todo, Ferenczi le había dicho que quería que un pequeño grupo de hombres fuese “meticulosamente analizado” por Freud,

[...] de manera que pudieran representar la teoría pura, sin adulteraciones debidas a complejos personales, y con ello construir un núcleo central no oficial de la *Verein*² y servir como centros donde los demás (principiantes) pudieran acudir y aprender de la obra. (Freud & Jones, 1908-1939/2001, p. 196)

Mientras que Jones vislumbró lo último como la solución ideal, también se dio cuenta de que era a duras penas practicable. A modo de alternativa, le sugirió que se formase un comité secreto como una suerte de guardia pretoriana alrededor de Freud. El objetivo no declarado, por supuesto, era monitorear a Jung y mantener informado a Freud. La respuesta de este último (1 de agosto de 1912) fue muy entusiasta:

Lo que inmediatamente cautivó mi imaginación fue su idea de un consejo secreto compuesto por los mejores y más leales de entre nuestros hombres que se encargue del desarrollo futuro del psicoanálisis y que defienda la causa contra

² asociación



personalidades y accidentes cuando yo no esté. *Dice usted que fue Ferenczi quien tuvo esa idea, pero podría ser una idea mía pensada en tiempos mejores, cuando tenía la esperanza de que Jung reuniría a un tal círculo a su alrededor compuesto por los dirigentes oficiales de las asociaciones locales. Ahora siento tener que decir que tal unión tendría que formarse independientemente de Jung y de los presidentes electos. Me atrevo a decir que haría mi vida y mi muerte más fácil saber que existe una tal asociación para cuidar de mi creación³. Sé que hay un elemento infantil y quizá también romántico en esta idea, pero quizá pueda adaptarse para satisfacer las necesidades de la realidad. Voy a dar rienda suelta a mi imaginación y tal vez le deje a usted el papel de censor. (Freud & Jones, 1908-1939/2001, pp. 197-198)*

Freud propuso como miembros, además de Jones y Ferenczi, a Hanns Sachs de Viena y a Karl Abraham de Berlín. Abraham había tenido conflictos con Jung cuando ambos trabajaban en el Burghölzli, hasta la partida del primero a Berlín en 1907.

Tal vez para evitar que Ferenczi recibiese un crédito que no le correspondía, Jones subrayó a Freud que “[l]a idea de un pequeño cuerpo unido, designado como los Paladines de Carlomagno, para guardar el reino y el programa de su maestro, fue producto de mi propio romanticismo (...)”. El Comité debía ser no oficial, informal y secreto, y a la vez

tener en contacto lo más próximo posible a usted a efectos de críticas y también de instrucción. Afortunadamente, esta última condición no es difícil, ya que usted

³ Las tres oraciones que se incluyen en itálica fueron omitidas por Jones cuando citó esta carta en su biografía de Freud (Jones 1955/1960, p. 153)



es deliciosamente accesible y generoso con sus conocimientos y consejos, como puedo atestiguar personalmente con la mayor de las gratitudes. (Freud & Jones, 1908-1939/2001, p. 199)

Jones había comprendido que ser amigo de Freud significaba abrirse completamente a él, ser capaz de hacerle todo tipo de confidencias. Anteriormente, Jones le había expresado extasiado a Freud que en su primer encuentro en 1908 había experimentado una reacción que lo invadía cada vez que enfrentaba a una figura de autoridad: que sería descubierto haciendo algo mal (30 de enero de 1912). No obstante, por primera vez en su vida, con Freud se había dado cuenta de que “ahí tenía un hombre que, pese a su autoridad y rango, comprendía y no culpaba” (Freud & Jones, 1908-1939/2001, p. 180).

Jones pudo haber querido que Freud fuese un padre sustituto, pero Freud estaba dispuesto a aceptarlo sólo como un colega leal, no como un hijo adorado. Freud tampoco estaba del todo convencido de que Jones siempre fuera la víctima sacrificial en sus varias desventuras sexuales. Parecían ser demasiadas, tanto en Gran Bretaña como en Canadá, para que fueran sólo una coincidencia. Además, Jones carecía del carisma de Jung y del entrañable encanto de Ferenczi.

Mientras tanto, a su vuelta de Norteamérica, Jung le escribió a Freud una fría carta (11 de noviembre de 1912) en la que le decía de manera abrupta que “[s]u gesto de Kreuzlingen me ha molestado persistentemente. Yo prefiero un enfrentamiento directo”. Le aseguraba que “por mi parte no hay renuencia alguna, si no es la de negarme a ser considerado un necio con complejos” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 527). Por alguna razón sorprendente, esta carta le dio a Freud motivos para comunicarle a Ferenczi la esperanza



de que la relación con Jung pudiera continuar. Sin embargo, el mismo día, el 14 de noviembre, Freud le escribió a Jung por primera vez como “Dr. Jung”, para decirle que “[s]u insistencia en el ‘gesto de Kreuzlingen’ me resulta tan incomprensible como ofensiva, pero existen cosas que no se pueden resolver por escrito”; a su vez, le expresó la necesidad de que Jung manifestara “su compromiso con nosotros” (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 530).

En otro frente, otra crisis se precipitaba. Wilhelm Stekel, siguiendo los pasos de Adler, cortó sus lazos con el movimiento psicoanalítico. Pero Stekel era reacio a abandonar el puesto de editor de la revista *Zentralblatt*, que él y Adler habían fundado en Nuremberg en 1910⁴. Jung, como presidente de la Asociación, se vio forzado a llamar a una reunión en Munich para decidir el destino de la publicación.

En esta ocasión, Freud y Jung hicieron una larga caminata durante la cual se trenzaron en un dramático enfrentamiento sobre cuya totalidad Freud informó a Ferenczi. Freud no se había andado con rodeos con Jung: se había equivocado en su juicio inicial sobre él como un líder nato y estaba ahora convencido de que era tan inmaduro que necesitaba que se le pusiera un freno: “No le perdoné nada y le dije con serenidad que una amistad con él no era posible” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 136). Es significativo que no se hiciera hincapié en diferencias teóricas. Contra toda probabilidad, Freud esperaba que Jung se mantuviese leal, pero lo que él llamó el “núcleo de falsedad” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 137) de Jung lo perturbó. También mencionó que se desmayó luego del almuerzo, y Ferenczi le recordó que lo mismo había ocurrido en Bremen antes de que él mismo y Jung viajasen para Norteamérica con Freud. Jones (que estaba presente en la

⁴ Stekel logró mantener el control y la revista continuó apareciendo hasta el estallido de la Guerra en 1914.



segunda ocasión) sospechó un elemento homosexual en la relación entre Freud y Jung. Luego de que Jones retornase a Inglaterra, recordó en una carta a Freud la vez en la que partía de la Estación de Munich y cómo le había dicho a Freud que creía que a su maestro le resultaría “difícil abandonar su sentimiento hacia Jung (queriendo decir que quizá había cierta transferencia hacia él o afectos más antiguos en usted)” (Freud & Jones, 1908-1939/2001, p. 236). En sus explicaciones a Ferenczi y Jung, Freud se rehusaba a aceptar que el incidente pudiese haber tenido una causa neurótica, pero finalmente admitió frente a Jones que “[h]ay un sentimiento homosexual recalcitrante en la raíz del asunto” (Freud & Jones, 1908-1939/2001, p. 233). También añadió que después de tratar de resolver las cosas con Jung durante su caminata, Freud había esperado que permaneciese dentro del movimiento psicoanalítico.

En cuanto a Jung, el encuentro le permitió ver cuán diferente era de Freud. Lamentaba no haber podido llegar a esta conclusión anteriormente, dado que le habría ahorrado a Freud muchas decepciones (26 de noviembre de 1912). Freud le contestó (29 de noviembre de 1912) en tono conciliatorio:

Créame que no me ha resultado fácil moderar mis exigencias a su respecto; pero una vez que lo he logrado, la oscilación hacia el lado contrario no ha sido muy dura y, por mi parte, nuestra relación de ahora en adelante conservará siempre el eco de la intimidad anterior. (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 534)

Jung no quería una reconciliación, pero parecía ser incapaz de expresárselo a Freud sin insultarlo. En la siguiente quincena le envió a Freud una serie de cartas cuya insolencia



iban de leve a grave, culminando con la misiva del 18 de diciembre, que Freud describió a Ferenczi como “un auténtico descaró” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 148):

Cuando usted mismo se haya liberado completamente de complejos y no juegue ya a hacer de padre con sus hijos, a cuyos puntos flacos apunta usted constantemente, y se preste usted alguna vez atención a sí mismo, entonces aceptaré extirpar mi pecaminosa falta de unidad conmigo mismo frente a usted de una vez para siempre. (Freud & Jung, 1906-1923/2012, p. 545)

En estas cartas, Jung ponía en duda la validez del autoanálisis de Freud. Más aun, manifestaba que este probablemente odiaba a los neuróticos de modo tal que no podía tratar a sus pacientes de un modo cariñoso. Jung continuaría apoyando a Freud públicamente, pero le diría francamente lo que pensaba de él en sus futuras cartas.

Cuando Ferenczi se enteró de este intercambio, se apresuró a asegurarle a Freud que Freud era el único en el grupo que no necesitaba análisis. No hay dudas sobre la sinceridad de Ferenczi, tristemente irónica a la luz del hecho de que tan sólo unos años después le ofrecería a Freud ponerse “a su disposición como analista” (Freud & Ferenczi, 1920-1933/2000, p. 250). Pero en este momento de la historia, para Ferenczi Freud era el padre omnisciente: “Su contestación a la carta de Jung me parece totalmente correcta.” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 152).

El 22 de diciembre de 1912 Freud respondió con mesura a la carta de Jung del 18 de ese mes. Pero el hábito de tratar a sus colegas como pacientes aún lo animaba; finalmente, el 3 de enero le escribió proponiéndole romper su relación por completo. El 27 de octubre de



1913, Jung renunció a la edición de la revista psicoanalítica anual, *Jarbuch*, y el 20 de abril de 1914 renunció a la presidencia de la Asociación.

Freud estaba decidido a no quedar atrapado en una pelea abierta con Jung, pero confiaba en que sus seguidores, muy especialmente Ferenczi, escudriñaran las publicaciones psicoanalíticas para detectar puntos vulnerables a la crítica en los escritos de los zuriqueses. Ya el 20 de octubre de 1912 le había dicho a Ferenczi que “estas luchas fortalecen nuestro trabajo, le (sic) mantienen a uno en tensión.” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 115). De alguna manera, al atacar a Jung los discípulos de Freud hallaron una manera de afianzar su alianza con el maestro.

No resulta muy claro a partir de las cartas de Ferenczi cuán preciso era el discernimiento de este acerca de las diferencias teóricas entre Freud y Jung. No fue hasta que Jung se separó definitivamente del movimiento psicoanalítico que Freud mismo registró en papel sus diferencias teóricas con Jung y Adler en *Introducción del narcisismo* (1914) y, de un modo más general, en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914).

En mayo de 1913 los cinco miembros del Comité Secreto —Jones, Ferenczi, Abraham, Rank y Sachs— se reunieron en Viena. Allí estaban unidos por su confianza frente al mundo, su fe en la teoría de Freud y su devoción personal a su líder. Al fin y al cabo, ya el 2 de febrero Freud le había escrito a Ferenczi que se encontraba muy feliz con sus “hijos adoptivos” (Freud & Ferenczi, 1912-1914/1993, p. 168). Ya nunca más procuraría hallar al heredero a quien entregar las llaves del reino.

Freud tal vez había comprendido que un hijo como Jung y un padre como él mismo estaban condenados a quedar expuestos a un fuego cruzado de francotiradores apostados en el bando de una ciencia aria o en el de una ciencia judía. No podemos



evitar apreciar que la invitación de Jung, “no como iguales, *sino* entre padre e hijo”, puede oírse de otra manera. En español, *sino* también es *destino*: “no como iguales, *destino* entre padre e hijo”. El acuerdo propuesto por Jung fue un acuerdo imposible: podía terminar sólo en una herida, ya que no hay amor más grande por un padre que cuando se lo mata, ni uno mayor por un hijo, que cuando se lo castra.



Referencias

- Freud, S., & Jones, E. (2001). *Sigmund Freud / Ernest Jones, correspondencia completa* (R. Andrew Paskauskas, Ed.). Madrid: Síntesis. (Trabajo original publicado 1908-1939)
- Freud, S., & Jung, C. (2012). *Correspondencia Sigmund Freud y Carl Gustav Jung* (W. McGuire & W. Sauerländer, Eds.). Madrid: Trotta. (Trabajo original publicado 1906-1923)
- Freud, S., & Ferenczi, S. (1993). *Sigmund Freud / Sandor Ferenczi, correspondencia completa, Vol. I.1: 1908-1911* (E. Brabant, E. Falzeder, & P. Giamperi-Deutch, Eds.). Madrid: Síntesis. (Trabajo original publicado 1908-1911)
- Freud, S., & Ferenczi, S. (1993). *Sigmund Freud / Sandor Ferenczi, correspondencia completa, Vol. I.2: 1912-1914* (E. Brabant, E. Falzeder, & P. Giamperi-Deutch, Eds.). Madrid: Síntesis. (Trabajo original publicado 1912-1914)
- Freud, S., & Ferenczi, S. (2000). *The correspondence of Sigmund Freud and Sandor Ferenczi, Vol. III.3: 1920-1933* (E. Brabant, E. Falzeder, & P. Giamperi-Deutch, Eds.). Cambridge, MA: Harvard University Press. (Trabajo original publicado 1920-1933)
- Gay, P. (1998). *Freud: A Life for our Time*. New York: Norton
- Jones, E. (1960). Years of Maturity 1901-1919. En *The Life and Work of Sigmund Freud* (Vol. 2). New York: Basic Books. (Trabajo original publicado en 1955)